

# El hombre que hablaba con las máquinas - 05 - El primer virus

Paco Pérez Caballero

## El hombre que hablaba con las máquinas

El primer virus

Por Paco Pérez Caballero

```
0 00 00-6D 73 62 6C          mshl
0 6A 75-73 74 20 77  ast.exe I just w
9 20 4C-4F 56 45 20  ant to say LOUE
0 62 69-6C 6C 79 20  YOU SAN?! billy
0 64 6F-20 79 6F 75  gates why do you
3 20 70-6F 73 73 69   make this possi
0 20 6D-61 6B 69 6E  ble ? Stop makin
E 64 20-66 69 78 20  g money and fix
7 61 72-65 21 21 00  your software?!
0 00 00-7F 00 00 00  ♣ δ♥▶ H Δ
0 00 00-01 00 01 00  ð_ð_  ⊙ ⊙ ⊙
0 00 00-00 00 00 46  á⊙ L F
C C9 11-9F E8 08 00  ◆lêèù-π◀fb◻
0 00 03-10 00 00 00  +▶H`⊙ ♣♥▶
3 00 00-01 00 04 00  b♥ ò ð♥ ⊙ ◆
```

me gusta escribir

# Capítulo 1

El hombre que hablaba con las máquinas

## **05 - El primer virus**

El monitor de fósforo mostraba veinticinco líneas verdes. Al final de la última parpadeaba lentamente un cursor gordo y rectangular. El texto, escrito en un lenguaje muy muy primitivo, contenía unas instrucciones breves y concretas. El ordenador que permitía hacer esto a dos inteligentes, aunque perversos, estudiantes de la Universidad de Jerusalén, los miraba sorprendido porque era consciente de que algunas de las instrucciones implicaban la destrucción no autorizada de información. Intentó advertirles pero ellos no eran de los que hablaban con ordenadores, simplemente habían aprendido a programarlos. Habían leído unas pruebas de seguridad que se habían realizado años antes en las que en teoría se podía infiltrar un programa en un ordenador que realizara tareas ocultas al usuario. Y lo estaban poniendo en práctica. Se encontraban en un pequeño despacho de la Universidad, del que previamente habían conseguido una llave despistando al conserje que las custodiaba esa misma mañana.

Probaron su programa. Funcionaba. Conseguía permanecer bastante oculto y alteraba el funcionamiento normal del ordenador que se sentía como si le hubieran metido una pelota de tenis en la boca y le hubieran atado a una silla. Vaciaron la caja de enormes y flexibles disquetes que pertenecía al catedrático de matemáticas y computación y los fueron introduciendo uno a uno en el impotente ordenador que no pudo evitar que el programa se copiara en cada uno de ellos.

La noche sin luna estaba avanzada cuando terminaron, lo dejaron todo tal como estaba y devolvieron la llave a conserjería. A continuación escaparon furtivamente por las ventanas del primer piso.

El joven Blídimin, por aquel entonces, se encontraba en su año asceta. Decidió que durante un año no se afeitaría, ni cortaría los cabellos y no hablaría con nadie. Teniendo en cuenta que estudiaba en la Facultad no fue una tarea nada fácil. Pero entre estudiantes se asimilan con facilidad las rarezas, así que sus amigos asumieron que Blídimin había dejado de hablar misteriosamente y aunque compartían clases, cafetería y horas de biblioteca no se preocuparon más del asunto pasados los primeros días.

Hacía ya dos años que Blídimin había recuperado la capacidad de hablar con las máquinas y, en ese mundillo, aunque nadie sabía exactamente cómo lo hacía, era respetado por la facilidad con que reparaba cualquier avería, por muy rara que fuese.

Un día le pasaron una nota en la que decía: "El ordenador del Decano está haciendo cosas extrañas, ¿puedes pasar a echarle un vistazo?". El Decano no aceptaba con la misma facilidad que los compañeros de Blídimin el que éste no hablara con nadie, así que prefirió que lo avisaran indirectamente para no verse obligado a soportar su extraña actitud.

Blídimin acudió al despacho del Decano, llamó a la puerta y desde dentro una voz le invitó a pasar. Entró y levantó la mano en señal de saludo, el Decano resopló, se levantó de su asiento tras el gran escritorio y le dijo:

- Bien, aquí está el ordenador. Va muy muy despacio desde hace unos días y están empezando a desaparecer programas de forma inexplicable.

En cuanto Blídimin se acercó a Ps2mod50 notó que realmente tenía un problema. Olía mal, olía rancio, y Ps2mod50 se encontraba con los ojos apretados y tiritando como si estuviera enfermo. Comenzó a hacerle preguntas escribiendo en el teclado y memorizaba sus respuestas intentando encontrar la causa de su enfermedad. Hasta la fecha Blídimin había hablado con máquinas averiadas o heridas, pero nunca se había encontrado una máquina enferma. Introdujo un gran disco flexible en la disquetera, copió algunos archivos y a continuación pegó un post-it amarillo en el monitor que decía: "Volveré mañana. NO TOCAR". Y apagó el ordenador. Se levantó del asiento del Decano, le saludó inclinando brevemente la cabeza y salió del despacho ante su estupefacción.

Los padres de Blídimin no estaban nada contentos con su hermético comportamiento. Pero no se les ocurría nada que pudieran hacer que no hubieran hecho ya. Así que cuando Blídimin llegó a casa fue directo a su habitación encendió a Ps2mod30 y soltó sus cosas encima de la cama mientras el ordenador se ponía en marcha.

Blídimin había decidido no hablar con nadie durante un año por varios motivos. El principal era que consideraba que hablaba demasiado, y que había hecho daño a gente que quería por tener menos tacto que un guante de madera. Pero también tenía curiosidad por saber de qué forma le afectaría tan extraña actitud. Y pudo descubrir algo insólito, cada veintiún días se le repetían los pensamientos. Al principio, los primeros meses no se percató del hecho, pero a medida que pasaba el tiempo fue haciendo anotaciones en lo que pronto se convirtió en un diario, que muchos años después quemaría en una chimenea, aunque esa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión, y contrastándolas pudo observar que de forma involuntaria repetía los mismos pensamientos una y otra vez cada veintiún días. Jamás llegó a descubrir por qué, la única conclusión clara que sacó es que necesitaba comunicarse con los demás y cambiar de ambiente frecuentemente para no entrar en un bucle infinito y de paso en algún manicomio. Aun así aguantó no un año natural, sino un año de estudiante, es decir diez meses, desde septiembre a junio del año siguiente. Esa forma de medir el tiempo le acompañó para siempre, los

años no empezaban para él en enero. Cuando pasaron los diez meses, con unas barbas enormes y una melena rizada y montuna que le bajaba de los hombros, aspecto por el cual se había ganado en la facultad el apodo de "El Mesías", salió del último examen al implacable sol de las tierras del sur, paró un taxi, subió al asiento trasero y por primera vez en todo ese tiempo abrió la boca y le dijo al taxista:

- A la estación de autobuses, por favor.

- Del tirón – respondió el taxista que no sabía que eran las primeras palabras de un joven asceta que llevaba diez meses en silencio. Aunque llegó a saberlo porque Blídimin se lo contó durante el trayecto ante la risa y la incredulidad del conductor.

Lo primero que hizo Blídimin al llegar a su casa fue afeitarse las barbas y la cabeza. Al cero. Llamó a los amigos que aún eran amigos diez meses después de su silencio y pasaron toda la noche de juerga con él, que pasó a ser apodado "El Calvo".

Pero todo esto aún estaba por suceder, cuando Ps2mod30 se puso en marcha Blídimin introdujo el disquete que había copiado en el despacho del Decano y examinó su contenido cuidadosamente mesándose las barbas. No encontró nada anormal, así que hizo la prueba de fuego y arrancó algunos de los programas que había copiado. Al instante Ps2mod30 puso los ojos en blanco y comenzó a dar signos de asfixia.

- ¿Por qué me haces estooo? – susurró Ps2mod30 sorprendido.

El estado de su ordenador favorito empeoró con las horas, sin que él pudiera evitarlo. Se había contagiado con algo que llevaba en el disquete y que se había transmitido al disco duro, así que la situación estaba casi fuera de su control. Casi.

Volvió a examinar cuidadosamente el contenido del disquete y descubrió que los programas que había copiado en él hacían una cosa extraña aunque muy insignificante que le había pasado desapercibida. Tenían como un pequeño apéndice extra, algo que no tenía que estar allí pero que aparentemente no afectaba a su funcionamiento. Blídimin estaba a punto de descubrir el primer virus de la historia de las máquinas. Con sumo cuidado, analizó el apéndice y observó que cada vez que el programa se ponía en marcha el apéndice se hacía más y más grande y tomaba un aspecto desagradable y enfermizo.

La madrugada avanzaba lentamente y Blídimin hacía horas que había cenado el plato que su madre le colocó delante del teclado sin darse cuenta siquiera. Muchos años después sabría valorar la infinita paciencia

con que la mujer trató sus extravagancias.

En sus ojos se iba creando una telilla sólida que incluso pudo retirar con los dedos. Llevaba demasiado rato mirando la pantalla de suaves letras blancas sobre fondo negro.

Fabricó pinzas, bisturís y herramientas que no tenía pero que comprendió que necesitaría para extirpar aquella cosa. Con el primer bisturí hizo un corte limpio y sacó el apéndice que había crecido de forma increíble en el extremo de un procesador de textos. Lo guardó en un recinto de seguridad donde no podía afectar a ningún otro programa. Pero el procesador de textos murió en la operación. Esa no era forma de solucionar el problema, estaba claro, porque ahora tenía un programa sano pero muerto. No, por ahí no.

La solución la encontró cuando empezaba a amanecer. Tenía que fabricar un bypass para los programas infectados, que a esas horas ya estaban todos en cuarentena, así que Ps2mod30 tosía y se encontraba mal pero estable, ya no empeoraría. Tenía que rodear al apéndice con un implante sano y después extirparlo. Funcionó. El procesador de textos funcionó bien tras la operación aunque al rato observó que increíblemente comenzaba a desarrollar de nuevo la enfermedad, así que primero tenía que curar a Ps2mod30 y después a todos los programas que estaban en cuarentena. Esto también funcionó.

Cuando su madre entró en la habitación con el desayuno se echó las manos a la cabeza al comprobar que la cama estaba sin deshacer y que el ermitaño que tenía por hijo la miraba con los ojos inyectados en sangre y con una sonrisa de felicidad extraterrestre.

En un rato más, Blídimin pudo curar a todos los programas que tenía en cuarentena y, en una cajita apartada de cualquier zona peligrosa, tenía 111 apéndices extirpados de distintos tamaños que se movían suavemente dándose mordisquitos entre ellos. Los destruyó todos, excepto uno que guardó para analizarlo detenidamente, ante los aplausos de todos los programas que habían pasado la peor noche de su vida binaria.

Se dio una ducha y, sin dormir como estaba, se dirigió a la facultad, derecho al despacho del Decano.

Igual que el día anterior, Blídimin saludó con la mano y el Decano resopló. Blídimin se sentó frente a Ps2mod50, despegó el post-it de la pantalla, introdujo un disquete y conectó el equipo.

Antes de salir de su casa había fabricado un antídoto que funcionaba como un soldado exterminador curandero. Cuando el soldado abrió los ojos en el interior de Ps2mod50, desenfundó las herramientas que Blídimin había

fabricado durante la noche, empuño cada una con sus múltiples brazos y comenzó a cortar apéndices y a coser heridas a toda velocidad. Lo único que el Decano podía ver en la pantalla eran dos números que iban creciendo por separado. El de la izquierda contaba el número de programas infectados y el de la derecha el número de programas curados.

Poco a poco Ps2mod50 iba recuperando el color y una sonrisa asomaba a su cara. Cuando los dos números alcanzaron el 411 el soldado saludó y se quedó en posición de firmes, sus armas humeaban incandescentes. Blídimin le fabricó un barracón y lo dejó residente allí para que no volviera a entrar ningún apéndice de aquel tipo.

Para demostrarle el correcto funcionamiento de su ordenador, Blídimin fue abriendo en silencio un programa tras otro ante los asombrados ojos del Decano. A continuación se levantó, extendió la mano hacia él, y tras un segundo de sorpresa éste la estrechó y vio cómo Blídimin se marchaba por la puerta tal como había llegado el día antes. En silencio.

Semanas después Blídimin pudo leer sonriente en la prensa, cómo los técnicos se esforzaban en descubrir un antídoto para lo que se llamó un virus informático, que inutilizaba y destruía los programas de miles de ordenadores al llegar un viernes 13. Pero para entonces Blídimin ya había repartido un ejército de soldados curanderos entre sus mejores amigos.